

rara en su tiempo— llega a transformar bajo ciertos aspectos la estimación epistemológica del conocimiento histórico, renovando la cuestión del carácter científico del mismo. Luego insistiré en esto; de momento observemos que, a pesar de sus vislumbres, que hubieran podido continuarse más allá del horizonte en que todavía se movieron un Otto Bauer, un Bergheim, un Seignobos, o un Halphen, nuestro autor se queda instalado sobre la base de una concepción epistemológica propia de la ciencia natural clásica. Sin duda, esto era mucho todavía, cuando vemos que Menéndez Pelayo y, por inseparable rechazo tardío, el propio Julián Ribera, adherían a la corta visión de la Historia como arte.

Al apoyarse, pues, sobre esa base, Altamira observa que hay que distinguir tres clases de hechos para la observación del investigador, que conservan en él —así me atrevo a sospecharlo, a pesar de su fundamental punto de vista clásico—, una lejana imagen de un tipo de lógica de la ciencia que iba por delante. Según nuestro autor, primeramente, hay hechos que el investigador puede ver por sí mismo y que para él son materia de un conocimiento tan directo como para el naturalista el de un fenómeno observado sensiblemente. (Es la respuesta positiva de Altamira a la tentación más común en los teóricos de la Historia en la época: la ciencia natural como modelo para una ciencia histórica). Hay también, en segundo lugar, restos históricos —monumentos, utensilios, documentos que se presentan al historiador *tal como fueron*— y en tal caso producen también un conocimiento directo que no necesita el intermedio de otro conocedor. (Parece un eco del programa de Ranke que tanto entusiasmo produjo: contar las cosas tal como fueron, dando lugar a una línea de pensamiento que podríamos llamar positivismo historiográfico, del hecho singular, supuestamente único real). Finalmente, «en todo conocimiento hay una interpretación subjetiva» —quizás hubiera sido mejor quitar el adjetivo y señalar, eso sí, que «el observador de hechos y monumentos ha de contar con el error posible de su ecuación personal» (no se iba a tratar de un error personal propiamente —que sin salirse ya de la ciencia, no dejara de ser posible, sino un error de ese tipo— pero lo que interesa es que se trata de una limitación constitutiva como riesgo de la interpretación, lo que iría ligado al margen de indeterminación en la observación). También de esto hablaré cuando me ocupe de la discusión sobre las leyes en la Historia.

Esta participación, aunque sea entre sombras, de una nueva visión de la Historia, es correlato de las varias corrientes que en otras partes se producen también en ese sentido innovador. Responden a la insatisfacción, o mejor, al cansancio respecto a una historia como la que se había venido haciendo, una historia que podemos llamar episódica o quizás anecdótica en correspondencia con lo que los franceses llaman *evenemential*. No menos hay que tener en cuenta los cambios que, a fines del XIX, se producen en la esfera del conocimiento (en primer lugar, de la naturaleza; posteriormente de las ciencias sociales y de la Historia). Con ellos cuentan los cambios relativos a lo que se busca y se espera de la investigación histórica. Y por tanto, la manera de hacer la Historia. Esta penetra en capas de la vida social que habrían permanecido, hasta la iniciación del proceso en el siglo XVIII, fuera del universo trazado por los historiadores tanto en cuanto a las personas que protagonizaban la acción a relatar como en cuanto a las actividades consideradas propias del relato histórico: los trabajadores, artesanos, mercaderes, etcétera, en quienes la marca del heroísmo no podía darse, como en cuanto a las relaciones sociales que

con ellos y entre ellos se desarrollaban. Desde la historiografía de la Ilustración se amplía el campo. Altamira —y es interesante el dato, porque creo que es el único que lo capta— recuerda como antecedente de los nuevos ensayos historiográficos, la que en el XVIII se llamaban «historia civil» que va de fray Martín Sarmiento y Masdeu a Jovellanos, Forner y otros. También él conoce como predecesor el nombre de Gonzalo Morón que se disputa con Eugenio de Tapia, el ser autor de una primera historia de la civilización española<sup>5</sup>. Cita de Gonzalo Morón un pasaje en el que éste enumera como sectores del campo ampliado de la Historia, «las instituciones políticas, las leyes, los actos oficiales de Gobierno, la administración, el comercio, las artes, los establecimientos». Quedan, claro está, y en puesto privilegiado, los viejos campos que el historiador cultivaba; pero entran otras áreas. Altamira se manifiesta continuador de ese proceso e introduce un amplio repertorio: aspectos técnicos del arte bélico, conocimientos físicos y cosmográficos de la naturaleza, estudio de la marcha de la sociedad no oficial, de la cultura, de las profesiones, de la economía. Y es a través de la ampliación de estas manifestaciones, donde se alcanza el nuevo ámbito que hay que historiar y, como veremos, en Altamira —como en toda una escuela europea— es aquél donde aparece el hilo conductor de la apelación al carácter del pueblo en tanto que fuente de las peculiaridades de cada historia en particular; de él depende el privativo desarrollo de los hechos de la más varia naturaleza que a él se refieren<sup>6</sup>. La obra en la que Altamira lanza este planteamiento es una de las primeras en fecha de las suyas, la primera quizá que sistematiza esta nueva manera de historiar y en ella se encuentra ya preparada la instrumentación conceptual con la que el autor, pocos años después, hará frente a la crisis del 98.

Cuando al año siguiente de la derrota española que tan hondamente le impresiona, Altamira se entrega a la idea de escribir una Historia general, empieza por recordar la línea de predecesores que él mismo menciona, y piensa en escribir tanto historia política o externa como historia de la civilización o interna. Estos dos adjetivos interna y externa—no eran afortunados, pero se habían impuesto en la época. Pero pienso que lo interesante de nuestro autor está en que las relaciona y su obra la compone como una historia sistematizada en la que transcurren paralelamente, pero con un curioso modo de entender ese paralelismo: líneas que de cuando en cuando se tocan, que avanzan cada una en función de la otra, aunque tampoco lleguen a fundirse en una exposición construida como una sola Historia. Hay que escribir, piensa él, una y otra cara del relato —que en buena medida, deja de ser tal para presentársenos como una estructuración conjunta—, «con la debida proporción», «ligando la Historia interna a la política» y «sistematizándola», pero hay que reconocer que después de dado este paso se detiene y viene a reconocer tan sólo entre un acontecimiento y otro un lazo de antecedente, pero de enlazamiento condicionante y múltiple, como se había dado ya en Marx y en 1903 se daría en un notable artículo de F. Simiand. Nos dice: «Con frecuentes referencias, he ligado unos párrafos a otros, para que mutuamente se expliquen las materias íntimamente relacionadas»<sup>7</sup>. No dejará de hablar de causa y ley, aunque, al final, rechace una posible aplicación de estos conceptos en el terreno del conocimiento sobre la sociedad y el hombre<sup>8</sup>.

La Historia había empezado por ser una actividad próxima de la literatura, siendo considerada con un arte. Pasó a ser vista como una filosofía y es así como, desde el siglo XVIII

<sup>5</sup> Fermín Gonzalo Morón: Una primera historia de la civilización española (Madrid, 1841).

<sup>6</sup> La enseñanza de la Historia, Madrid, 1891, p. 84 y ss.

<sup>7</sup> Historia de España y de la civilización española (Bna. 1900). Reedición de Madrid, 1927 - 4ª. edición corregida y aumentada, 1928/1930, Bna., 6 volúmenes.

<sup>8</sup> Creo que responde a esta primeriza busca de una Historia más integrada, el abandono de la periodización habitual de la misma, sustituyéndola por otra que, a cierta distancia, podría corresponder a grandes cambios de cultura en la Península, debidos a las nuevas entradas de nuevos grupos de población.

se encuentra una filosofía de la Historia. Finalmente, se trata de construirla como una ciencia, con caracteres propios. Y en este punto, Altamira acude al ejemplo —tan estimado en la época (y mi opinión es que fue muy estimable)— de Xénopol, quien la presenta como una ciencia de *sucesión*, frente a una ciencia de *repetición*, o ciencia natural. «La historia antigua nos daba un fragmento tan sólo de la realidad, mientras que la moderna aspira a dárnosla en su totalidad plena». Y este giro hace desarrollarse a la historia de la civilización, mas no ya como fuera en sus principios por adición de unos a otros campos, sino articulada en un conjunto, que son conjuntos contruidos dentro del proceso histórico (al autor añade unas palabras que distancian su posición de la que hoy podemos enunciar con palabras semejantes al añadir que tales conjuntos se configuran en torno de «su idea orgánica»<sup>9</sup>).

Me parece interesante recordar aquí a otro de nuestros historiadores que fue, con Altamira —añadamos que también con Dorado Montero y Azcárate— uno de los pocos que acometieron estas cuestiones de la Historia en tanto que ciencia. Me refiero a Julián Ribera. Se manifiesta éste contra aquel que propone «como ideal de composición histórica, el no decir nada, sino plantar los documentos originales en escena, quedando fuera de las tablas el historiador, como el que dirige un teatro de fantoches»<sup>10</sup>. La comparación ni es feliz ni se corresponde con aquellos términos entre los que se ofrecen al lector, pero queda en claro el repudio por Ribera del mero trabajo de historiador como documentalista. Altamira va más allá y como ya he dicho apela a la interpretación. Ribera se da cuenta de que «la realidad, de ordinario, se nos presenta así: la distancia, como el tiempo, no permite la observación minuciosa de todos los pormenores y accidentes». Desde luego esto es así y lo es en todos los terrenos del saber, desde la Historia hasta la Física. De ahí la necesidad de la operación intelectual de la abstracción, que aun sin advertirlo aplicamos en todo momento en el lenguaje y, advirtiéndolo o debiéndolo advertir, en la ciencia. Esto lo ve Altamira y por eso estima necesario incorporar el momento clave de la interpretación, como ya hemos visto. Ribera, tras haber defendido en sus primeros trabajos el carácter de la Historia como ciencia, pasa luego a rechazarlo, y entonces nos dice quedarse con la observación. La Historia, según él, se detiene irremediamente en el plano de la pura observación; cualquier cosa que se alcance más allá es otra cosa, es otro género de conocimiento. A fin de cuentas, la Historia, para Ribera, queda reducida a un residuo: de los mil factores que producen un hecho, la ciencia escoge un escaso número, lo demás queda para la Historia que no podrá ya con ellos dar un paso más adelante<sup>11</sup>. Si es así como hay que entender la observación manejada por el historiador, ¿qué hay de más en ella que en un mero documentalismo?

Su concepción de la Historia, tal como hasta aquí queda expuesta, le había de llevar a hacerse cuestión de aquellas otras concepciones de la misma que la consideran como resultado de un factor o de varios, que determinan su curso y sistematizan el despliegue del acontecer. En consecuencia, era obvio que se encontrara con el marxismo, aunque por lo menos en sus primeros años de investigador es un tema poco difundido, si se exceptúa, en cierta medida, el reducido grupo de intelectuales incorporados al internacionalismo obrero. En efecto, Altamira, en 1904, en la primera edición de sus *Cuestiones modernas de historia* incluye un estudio sobre el «materialismo histórico» y muestra con

<sup>9</sup> Ob. cit., en la nota 1, pp. 6-15.

<sup>10</sup> Julián Ribera: «Lo científico en la Historia», v. nota 31.

<sup>11</sup> Ob. cit., pp. 75, 105 y 110.